

guntándole con alguna turbación: *¿Y yo, para donde camino?* Respondióle el Apostólico Padre con la misma serenidad, y agrado: *Tambien para la Gloria.* Hizole fuerza esta respuesta, conociendo lo mal empleado de su vida; y replicando, le dijo tan confuso, como asombrado: *¿Cómo podrá ser lo que V. P. me dice, teniendo yo este maldito egercicio? Todo está compuesto (respondió el Siervo de Dios) con dejar ese mal empléo, y hacer una confesion verdadera.* Rindióse al punto, qual otro Saulo, el foragido alevoso, y entrandose ambos en lo mas frondoso del Monte, hizo una plena confesion con el V. P. de todos sus malos pasos, procurando lavar con amargo llanto las manchas de su conciencia. Concluida que fue la confesion, escribió un papel sucinto, y despues de haverlo cerrado, le mandó, que fuese à un pequeño Pueblo de Indios, que havia en aquellas inmediaciones, y lo entregase al Prelado, ò Ministro de Doctrina, que era un Religioso de nuestro Padre Santo Domingo. Esta fue la penitencia que le impuso, exhortándolo al dolor

continuo de sus enormes culpas, por ser ofensas de una Bondad infinita. Llegó el Ladron dicho so à la presencia del Ministro, y habiendo éste abierto el papel, halló que decia su contenido: *Dará V. P. sepultura al Portador.* Quedó admirado el Religioso de una embajada, al parecer tan extravagante, y mucho mas al ver, que en quanto el Penitente acabó de enterarlo del caso, y sus circunstancias, se cayó à sus pies repentinamente muerto. Dió con piedad sepultura al yerto cadaver, venerando los ocultos juicios de Dios, y magnificando sus Divinas Misericordias, à vista de un suceso à todas luces admirable. Algo me he desvelado en procurar dar mas individual noticia de este caso, de la que tiene en su antigua Vida, no obstante de que se tiene por tan cierto entre personas de todas calidades, y carácter, que el darle, fuera hacer un agravio manifesto à la pública voz, y fama, y à la autoridad de muchos sábios, y juiciosos. Uno de estos, que si no huviera fallecido el pasado año, me podría instruir en el asunto, de mo-

modo, que quedase satisfecho mi deseo, me aseguró poco antes que yo diese principio à esta empresa, que un Religioso graduado Dominicano de aquel Reyno, havia conocido, y comunicado à otro Religioso de su esclarecida Orden, y famosissima Provincia, el qual le havia asegurado varias veces, hablando del V. P. Margil, que havia tenido en sus manos el mismo papel que escribió el Siervo de Dios al Ministro Doctrinero. Pero no haviendome permitido mas plena averiguacion la distancia como de quatrocientas leguas, que hay desde

aqui à Guatemala, solo digo que baste esto, para que el prudente Crítico quede advertido de que no se escribe apriesa. Y si acaso no bastare, tengase presente, que no seré yo el primero que diga, que si se huvieran de escribir todos los casos profeticos, y de conocimiento de interiores, que se refieren del V. P. Margil, se podian llenar seis tomos. Déjo varios de los que han llegado à mi noticia, por ser casi identicos con los que quedan referidos, aunque no me descarto totalmente de este asunto.

CAPITULO XI.

ESPECIAL DON QUE TUVO EL V. P. FR. Antonio para dirigir almas, asi obstinadas, como desoladas, y escrupulosas, manifestado con maravillosos sucesos.

DOtó asimismo el Cielo à nuestro V. P. Fr. Antonio con el Dón de la discrecion de espiritus, para encaminar almas perdidas por las veredas de las virtudes, sere-

nando à las escrupulosas, y confortando à las desoladas. En este asunto fue singularissima su destreza, acompañada de una gran sagacidad, para conocer si se ocultaba algun Aspid enga-

ñoso entre las flores, ò algun malicioso Anapelo entre las yerbas. Especialmente en aquellas, que sin mas recomendacion, que el exterior sobrescrito de Beatas, suelen hallar quien apoye sus ridiculas fantasías, y tal vez quien canoniche sus aprehensiones, y delirios. Yo sé, que para calificar si la virtud de cierta Señora era sólida, entre otras pruebas, la obligó à que por mas de un mes, no anduviese por la Iglesia sino de rodillas, y que fuese siempre la ultima que llegase al Confesionario. Mas, ¿qué no haria en beneficio del progimo, y en un punto de tanta importancia, un Varon, que, à mas de ser tan expectable por sus prendas naturales, era favorecido con extraordinarias continuas luces para penetrar interiores?

Viniendo desde Guatemala à ser Guardian de este Colegio, se le juntó en la Ciudad de Oajaca un hombre, que volvia para esta Ciudad de Queretaro. Preguntóle un dia en el camino: *¿Cuanto tiempo hace que no te confiesas?* Respondióle el Compañero que seis meses; y replicandole el V. P. que reflexiona-

se bien en lo que decia, dijo por segunda vez lo mismo, ratificandose en su dicho. Entonces le dijo el Siervo de Dios encendido en carmines su semblante: *Como puede ser eso verdad, si hace tres años que no te confiesas, por tal pecado que callas por verguenza. Quedóse el mancebo lleno de admiracion, y sobresalto, viendo descubiertos los reconditos senos de su pecho; y logrando ocasion tan oportuna, hizo con el bendito Padre una confesion entera de sus culpas, tan à su gusto, y à su parecer tan fructuosa, que, según aseguró despues, si huviera muerto en aquella oportunidad, no dudaría que huviera volado su alma al Cielo.*

Hallandose hospedado en casa de cierto Eclesiastico del Obispado de Mechoacán, que vivia mal entretenido, en la primera noche que fue su Huesped, tocó à la puerta de su aposento, diciendole desde afuera, que tenia un negocio que decirle. Hallabase el Sugeto encerrado con la que era el cebo de su turbacion; y havien-

do de Dios à la puerta, que tapan-dose las narices con las manos, le dijo como espantado: *¿Qué mal? ¿Qué mal me huele todo esto?* Retiróse con él al quarto de su hospedage, le dió muchos saludables documentos, lo confesó generalmente al siguiente dia, y desde aquel punto quedó tan mudado el Sacerdote, y tan ajustado à sus altas obligaciones, que à mas de causar admiracion su mudanza à los que lo comunicaban de cerca, causó en toda su Poblacion mucha edificacion, y egemplo. De estos casos, ya quedan referidos algunos, y pudiera aún añadir otros.

Siendo Presidente del Colegio de nuestra Señora de Guadalupe, se confesaba de ordinario con el V. P. un Novicio, que havien-do leído las Meditaciones del Infierno, entró en tan viva aprehension de aquellas horribles penas, que ya le parecia arder vivo en aquellas voraces llamas. Con esta congoja acudió al Siervo de Dios para que lo confesase; pero sin hacer caso de su súplica, le respondió con sonrisa, que volviese despues. Crecieron en el

joven las aprehensiones, y volviendo por la noche con el mismo pedimento, le dijo, que lo difiriese hasta mañana. Amaneció el siguiente dia, y sin quererlo confesar, le mandó que comulgase por tres dias continuos, teniendolo en un potro de tormentos. Un Sabado por la tarde, no pudiendo ya vencerse el mancebo, fue en busca del V. Varon, è impelido de su turbacion, comenzó à dar golpes desusados à la puerta de su Celda. Entró por fin, viendo que nadie le respondia, y encontró al P. Fr. Antonio con el rostro tan encendido, que parecian sus megillas vivas asquas, aunque con el semblante muy risueño. Postróse el afligido Subdito de rodillas, para tomarle la bendicion, y dandole un apretado abrazo en su pecho, comenzó à hacerle con las manos cariños en la cabeza, diciendole: *Muchos trabajos, muchos trabajos*, añadiendole al despedirse: *Vaya, que à la noche nos veremos; ya, ya se acabó*, sin expresar otra cosa. Llegó la noche, y no tuvo que decirle el atribulado, porque se halló tan otro con la vista, y

palabras de su santo Prelado, que se le borraron todas las especies de sus temores, logrando tal serenidad, y dilatacion de ánimo, que no pudo dejar de atribuirle à prodigio.

En uno de los Monasterios de Megico havia una Religiosa, que deseaba comunicar algunas cosas con el V. P. Fr. Antonio, y para ello hizo diligencias de verle en el Confesonario. Fue el Siervo de Dios à una reja, llamado de otras Monjas, que querian consultarle algunas dudas; y hablando à todas una por una, las dejó en breve consoladas. Entró despues la que havia solicitado verle con tantas ansias, con ánimo de no descubrirle cosa de su interior, hasta que el Varon de Dios fuese al Confesonario. Pero lo mismo fue entrar, y verla el bendito Padre, que decirle, sin darla lugar à que hablase una palabra: *Para eso que me quieres decir no es menester ir al Confesonario, que aqui se puede comunicar.* Hizolo asi la atribulada Esposa de Christo, y à pocas razones quedó tan confortada en el espíritu, como cierta de que

el Apostolico Ministro tenia luz de quanto pasaba en el interior de su pecho.

Haviendose confesado con el V. P. un hombre, à quien los escrúpulos tenian en una continua afliccion, le dijo, alentandolo à la confianza en Dios: *No tema, que se salvará.* Crecieron con esto mas sus temores, y se fue à consultar à un hombre docto, el qual, pareciendole, que el asegurarle la salvacion havia sido temeridad de Fr. Antonio, determinó ir à verle. Ya que se vió à solas con el bendito Varon, comenzó à hacerle cargo de su dicho, haciendole presente, que por vanamente confiado podia perderse aquel Penitente. Escuchóle el P. Fr. Antonio con mansedumbre, y dejó sus reparos tan plenamente desvanecidos, como dirá esta respuesta: *No se espante, Padre mio, que quien me dijo que à noche pernoctó mal, y con ningun temor à Dios, ha celebrado oy sin confesarse, me ha dicho tambien, que ese hombre se salvará.* Con esto enmudeció el Sugeto, y tal vez le serviria este aviso de remedio, atendiendo à la humildad,

y

y modestia, con que se le decía una verdad oculta al conocimiento humano. En este, y otros casos de este jaéz, observará el prudente Lector, que quedando serenas las conciencias perturbadas, se atropaban las maravillas.

Por la gran serenidad de conciencia que consiguió Doña Juana Jacinta de Robles à los pies del V. P. Margil, en la Mision, que hizo en el Pueblo de la Piedad, se fue en su seguimiento, con otras muchas Personas, al Curato de Puruandiro. Hallabase embarazada, y à pocos dias de haver llegado, se sintió notablemente indispueta. Por este motivo, habiendo comunicado sus escrúpulos, se despidió del V. P. y se mandó llevar à su tierra. Al otro dia de su partida fue su Padre Don Thomás de Robles, que havia quedado en la Mision à ver al Siervo de Dios; y viendole algo afligido, por el rezelo de que à su hija le huviese sobrevenido algun achaque, en mas de quince leguas de camino, le dijo resueltamente: *No tenga Vmd. cuidado, que su hija no le tiene.* A pocas horas le

llegó à dicho Don Thomás un correo, en que le avisaban de que la expresada Doña Juana, asi que llegó à su casa, havia parido felizmente: noticia, que por haverse anticipado el V. Misionero, la celebró por apreciable de muchos modos.

Perturbado de varios escrúpulos, y melancolicas apprehensiones, fue à confesarse con el Siervo de Dios Don Carlos de Tagle, al Pueblo de Guanigéo. Desde luego que comenzó su confesion, fue refiriendo algunos pecados, que ya tenia confesados, deseando confesarlos con mayor individualcion. Rompióle el P. Fr. Antonio el hilo de su narrativa, diciendole con su acostumbrado agraciado estilo: *No seas tan Borriquito, criollo de las Montañas de Burgos, que eso ya está perdonado.* Hizole fuerza al Caballero este dicho, y conociendo el V. P. las dudas que interiormente le afligian, le refirió brevemente algunos pasages de su vida, con tanta puntualidad, y exactitud, que de algunos de ellos, ni él mismo se acordaba, si no le huviera excitado las especies. Por todo lo qual, vino

en

en conocimiento de que el Confesor hablaba con luz del Cielo: depuso sus temores, y se convirtieron las espinas de su escrupulosa conciencia en quietud, y sosiego.

Cierta Señora, escrupulosa, que por el mucho concurso no pudo llegar à los pies del V. P. determinó volverse à su casa, con no poco sentimiento de no comunicar su aflicción à un Sugeto, de cuya doctrina esperaba su consuelo. A este tiempo, pareciendole imposible el que el Siervo de Dios la viese, oyó una voz, que decia: *A la retirada: A la que está retirada.* Volvió el rostro, y viendo que la hacían lugar los concurrentes, se acercó al Confesonario. Arrodillóse para confesarse; y antes de darle cuenta de su conciencia, la dijo: *Tonta, boba, quita esos temores, que bien confesada estás: Levantate, y anda con la bendición de Dios.* Con estas solas palabras quedó tan sumamente consolada, que la parecía haverla sucedido à los pies de Fr. Antonio, lo que à la Magdalena à los pies de Jesu-Christo.

Huvo una Señora en Gua-

temala, que desengañada del mundo, vistió el humilde Sayal Franciscano, y llegó, por el trato interior con Dios, à un estado de perfección muy elevado. Gobernabase en todo por la dirección de un Lector Jubilado, hombre insigne en literatura, y de singular espíritu. Envidioso el Demonio de los progresos de esta alma, se le apareció en figura de su Confesor, y la dijo: *Yo soy tu Padre, y conozco que tú, y yo hemos vivido engañados, y así no llegues mas à mis pies, porque es contra mi conciencia, y no quiero condenarme contigo. Sirve à Dios por el camino llano de tu oficio de Tercera, oír Misa, y comulgar rara vez, porque si no, te condenas.* A este tiempo, permitió Dios en el Confesor que se le turbase en tanto modo la razón, que él mismo la digese à su confesada lo propio que la havia dicho el Demonio, en terminos equivalentes: de forma, que en breve quedaron ambos en un laberinto confuso. Hallabase el Siervo de Dios por entonces en aquel Reyno, y habiendo inspirado el Cielo à estos atribulados, que

le

le descubriesen sus congojas, desde luego descubrió ser todo sofisma del Enemigo común; desvaneció sus malas artes, desterró las sombras de aquellos corazones confusos, y poniendolos otra vez en el claro camino de la virtud, los dejó tan entendidos para la cautela, como avisados, para no dudar de la fidelidad de Dios, que aunque permite que padezcan sus amigos, les previene en tiempo oportuno el remedio.

En esta misma Ciudad se llegó à ver la Venerable Doña Ana Guerra tan llena de espantosos conflictos, que la parecía hallarse en el ultimo peligro. Las pasiones, que à su entender prevalecian por entonces, eran las del sensual apetito; siendo tanto el desenfreno de este Enemigo domestico, instigado del Demonio, que à penas podia proferir con gran fatiga, el no de la voluntad, diciendo: *Que me pierdo, que me pierdo: Detén, Señor, esta bestia, que se precipita.* En esta batalla havia estado algunos años, quando con licencia de su Confesor, y no sin especial impulso del Cielo, fue à comunicar con el P.

Fr. Antonio su padecer tan peligroso. Oyóla el V. P. con su acostumbrada paciencia, enteróse de su padecer, y capacitado del estado de aquella desolada alma, dejó brevemente su espíritu con una serenidad extraña: la dió muchas máximas para no descaecer en semejantes aprietos, y desde aquel punto, no volvió à ser molestada en todo el resto de su vida de los incentivos de la concupiscencia, antes bien la mostró Dios vencido del todo este vicio en la figura de un Mastin, antes lozano, y furioso, y despues atado con cadenas, tan flaco, y débil, que no tenia aliento para moverse.

La misma serenidad experimentó por medio del Siervo de Dios la Venerable Sor Michaéla de la Concepción, Abadesa del Convento de nuestra Madre Santa Clara de aquella Ciudad, en algunas de sus grandes aflicciones interiores, en que logró ser fortalecida, y alentada con los consejos, y doctrina de este Varon Sapientísimo. Mas facilmente consiguió este mismo beneficio un Secular afligido, que iba à buscarle,

pa-

para comunicarle sus dudas. Encontróle por accidente en la calle, y antes de descubrirle su aflicción, le fue dando satisfacción à todos sus temerosos reparos. No pudo contener el agradecido hombre en silencio los afectos de su alma, ya serena: y dando muestras de que lo tenia por muy amigo de Dios, avivó el paso el humildísimo Padre, diciendole à su Compañero, que fue testigo de todo, con agraciado sorriso: *Mire que tonto: Mire que tontos* persuadiendose à que era necesidad tenerle por bueno, quando el conocimiento de su nada, lo tenia sumergido en un abysmo.

Un cierto Caballero, que por direccion del V. P. Margil frecuentaba los Sacramentos, aseguró en toda forma, que el día que se hallaba sosegado de conciencia, veía al V. P. con el semblante alegre, y placentero; y que quando havia tenido algun defecto, lo miraba con el rostro zañudo, y como enojado: de lo qual inferia para sí, que el Siervo de Dios le leía continuamente lo que tenia en el corazon. Lo cierto es, que fue singularísimo el zelo de la

salvacion de las almas, que tuvo este gran Misionero, y por lo mismo, no se debe hacer dificultoso de que el Cielo lo ilustrase de muchos modos, para el acierto de su direccion, como se verá en el siguiente caso, y con él pondré fin à esta materia. Haviendole dicho en cierta ocasion una confesada suya de esta Ciudad, que profesaba especial virtud, que havia escrito un papel de cumplimiento, la respondió con algun enojo: *Dios te lo castigará, no quedará sin castigo.* Havia por entonces Jubiléo en el egemplarísimo Convento del Carmen, y habiendo concurrido à él esta Señora, advirtió, despues de cantada la Gloria, que no estaba patente el Santísimo Sacramento. Hizola fuerza lo mismo que reparaba, y preguntando à una compañera suya, qual podia ser la causa de no estar descubierta el Sacramentado Señor en un día tan solemne, la respondió ésta como admirada: *Muger, ¿qué estás ciega? ¿Pues no lo ves?* No se dió por satisfecha con la respuesta, viendo que no concordaba con lo que le dictaba el sentido: y preguntando

do lo mismo à otra, la respondió lo mismo que la primera. Entonces entendió à lo que aludían las palabras de su Padre Fr. Antonio, y el total despego con que debia proceder en adelante, de todo lo que es, ò huele à mundo, para ver las

cosas de Dios sin embarazo. El caso ofrece buena doctrina à las que se precian de espirituales, y gastan gran parte del día, y muchas horas de la noche en politicas, y visitas impertinentes.

CAPITULO XII.

DE OTRAS GRACIAS GRATIS DATAS

con que el Cielo enriqueció à su Siervo Fr. Antonio, especialmente con el Dón de Lenguas.

Honró asimismo el poder Divino à nuestro V. P. Fr. Antonio con la prerrogativa de hablar variedad de Lenguas, ò de ser entendido de diferentes Naciones, hablando en un solo Idioma, premiandole con esta gracia, à pocos concedida, el ardentísimo deseo que tenia de aprovechar à muchos en poco tiempo. Lo menos que anduvo por estas Indias, fueron ocho mil lenguas, en las cuales se pueden contar por centenares los nativos diversísimos lenguages de los Indios. Y siendo constante, que en todas partes logró su

predicacion gloriosísimos efectos, es prueba segura de que el Cielo lo quiso honrar con este gran privilegio. Ya se sabe, que las gracias gratis datas no suelen ser permanentes en los Justos. En cuya atencion, nunca fuera argumento de algun peso contra el presente asunto, el que el Siervo de Dios huviese procurado aprender, como lo hacía, los confusos dialectos de la Gentilidad, especialmente los de algunas particulares Naciones, para atender à su catequismo; ò porque pudo ser que el Señor no le diese luz de aquel particular Idioma,